

INTRODUCCIÓN

Los latinos empleaban el término *imago* para referirse a un conjunto de realidades complejas. Podía significar un reflejo en el espejo, o el eco –entendido como el reflejo de un sonido–, una ilusión o un fantasma, pero también un duplicado, una figura o representación artística de una persona o un objeto. La misma palabra se utilizaba para aludir a los retratos de los ancestros que se sacaban en procesión durante el traslado del cadáver en los funerales aristocráticos, pero, por extensión, era también una forma genérica de nombrar a los ancestros. El significado de la palabra *hibrida* o *hybrida* equivale aproximadamente al campo semántico del término castellano «híbrido» –persona o animal de raza mixta–, si bien en época romana podía aludir también al hijo de un padre romano y una madre extranjera.

Ambas palabras se han elegido para formar parte del título de este estudio porque, en parte, avanzan una de sus conclusiones fundamentales: la ‘romanización’ debe concebirse como la creación de una sociedad híbrida a partir del asentamiento de colonos itálicos en el sur peninsular, que a su vez eran portadores de una manera de entender la realidad que distaba mucho de ser homogénea. En ese sentido, todas las sociedades y todas las culturas tienen antepasados mestizos, y son productos criollos, son el resultado de infinitas interacciones, múltiples pasados y diversas influencias.

Las *imágenes* de los ancestros fueron utilizadas en la Antigüedad –como en los tiempos en los que vivimos– para explicar el presente, para escenificar quiénes somos, o quiénes pretendemos ser. Se podría decir que somos lo que fuimos. Plauto (*Men.* 1013) escribió: *Tuast imago. Tam consimilest quam potest.* «Aquí está tu misma imagen. Es tan parecida a ti como es posible serlo». Las *imágenes*, como los antepasados recreados en los lugares de enterramiento, son una especie de doble, una copia casi exacta, pero que jamás podrá ser completamente idéntica al original, nunca podrá ser otra cosa que una sombra o un reflejo. Y este aspecto, en mi opinión, es esencial para entender diversos problemas asociados al controvertido concepto de la ‘romanización’, porque, especialmente en el contexto de la necrópolis, nos encontra-

mos siempre ante distintas fórmulas de escenificación del pasado o de los orígenes, que nunca pueden ser una réplica exacta del pasado romano o del pasado nativo, sino una re-elaboración, una copia, o un doble, una ilusión de aquellos elementos que se perciben como tradicionales y que permiten seguir con fidelidad los rituales preceptivos según las *mores maiorum*. Las imágenes no eran sólo máscaras, sino que tenían el poder de evocar las hazañas y los valores de los ancestros, algo que está muy relacionado con la idea de que la cultura, en el fondo, es un conjunto de valores compartidos, una forma de interpretar la realidad o una serie de disposiciones aprendidas sobre lo que está bien y lo que está mal. Por todo ello, la ‘verdad’, en el problema de la ‘romanización’, como en otros, debe considerarse un concepto fluido. Diferentes individuos esgrimieron distintas ‘galerías de ancestros’, ofreciéndonos razones para considerar la veracidad simultánea de distintos significados o modos de realidad.

El objeto de este estudio es analizar el cambio social que se produjo como consecuencia del asentamiento de colonos romanos en el sur de la Península Ibérica entre los siglos III a. C.-I d. C., y que normalmente se denomina ‘romanización’, en el contexto de las necrópolis. Este problema lleva a plantear distintas cuestiones, como qué es la ‘romanización’, qué tipo de procesos tienen lugar en situaciones de contacto colonial, cómo estudiar el significado simbólico de la cultura material, o qué tipo de diálogo se estableció entre la manera de entender lo que significaba ‘ser romano’ en diferentes contextos como la ciudad y las necrópolis, o el ámbito privado y público.

Mi investigación toma como punto de partida los presupuestos teóricos de la arqueología post-procesualista, especialmente los de aquellas corrientes que entienden la Arqueología como historia cultural (I. Hodder, 1986; I. Hodder, 1992; I. Morris, 2000: 3-33), en las que el contexto histórico se dota de gran importancia (I. Hodder, 1986: 24-26). Creo que en problemas como el de la ‘romanización’ es, además, necesario prestar especial atención a las aportaciones de la teoría postcolonialista como una

manera de dejar atrás visiones ‘esencialistas’ de la cultura. Hemos de tener en cuenta que el hecho de ‘hacer arqueología’ no es, ni puede ser nunca, un acto inocente e intentar analizar el sesgo ideológico de las interpretaciones sobre el pasado que se hicieron en el pasado y de las que estamos construyendo en nuestros días (M. Rowlands, 1994a: 129; V. Fernández Martínez 2006).

En este marco se insertan una serie de cuestiones que se encuentran contenidas, de manera más o menos explícita, en las páginas que siguen sobre la ambivalencia del significado de la cultura material y cómo afecta a nuestra interpretación de la ‘romanización’, o sobre la manipulación activa de los objetos por parte de los individuos para construir identidades de grupo e individuales, así como sobre la relación que existe entre las formas de emplear la cultura material por grupos e individuos y los cambios a escala social. Uno de los conceptos más interesantes, que he podido sólo empezar a desarrollar parcialmente en este trabajo, es que los ritos de enterramiento y las necrópolis únicamente pueden comprenderse a través de las relaciones contextuales que existieron entre ellos y rituales no funerarios o el hábitat contemporáneo. Ese contraste entre diferentes contextos de actividad ha demostrado ser una herramienta significativa para comprender mejor por qué se usaron unos objetos y no otros y las diferentes fórmulas de expresión de identidad dominantes en diferentes escenarios incluso en el caso de los mismos grupos de individuos. Además, las necrópolis nos permiten estudiar la ‘romanización’ desde el punto de vista del ámbito ‘privado’ e individual y contrarrestarlo con representaciones sobre la identidad colectiva relacionadas, a menudo, con la propaganda imperial, la reestructuración urbanística de las ciudades o la construcción de monumentos en espacios públicos como el foro. Las manifestaciones individuales que podemos estudiar en las necrópolis sólo tienen sentido dentro de este escenario más amplio, en el que se inscriben y en el que cobran sentido, como manera de expresar lo que se es y lo que no se es por oposición o agregación a lo que nos rodea.

Es importante hacer también aquí mención a dos cuestiones. En primer lugar, uno de los argumentos que se desarrollan a lo largo de las líneas que siguen es la inexistencia de categorías binarias en el mundo antiguo del tipo dominado-dominador, colonizador-colonizado, o romano-íbero, aunque en numerosas ocasiones me haya visto obligada a emplearlas por razones discursivas y prácticas. Algo similar sucede con la palabra ‘romanización’ utilizada para aludir a un modelo de análisis que, en mi opinión, debería revisarse en profundidad, como se defenderá más

adelante. Sin embargo, he decidido recurrir a ella para referirme al conjunto de posiciones teóricas mantenidas por un grupo heterogéneo de investigadores en el análisis del proceso por el cual distintos grupos nativos ‘llegarían a ser romanos’ y también, a veces, incluso, para referirme a dicho fenómeno, aunque siempre incluyendo el término entre comillas.

Si este estudio tiene alguna virtud, es la de pretender ser un trabajo de síntesis de nuestros conocimientos sobre distintas necrópolis y su relación con el cambio social producido como consecuencia de la imposición de una situación colonial en el sur de la Península tras la conquista romana. En algunos casos concretos, como el de Córdoba, la documentación disponible aumenta casi cada día, gracias a las intervenciones arqueológicas que se desarrollan en la ciudad de acuerdo con lo establecido en la Ley de Patrimonio Histórico Española de 1985 y la Ley del Patrimonio Histórico de Andalucía de 1991. No he pretendido, por lo tanto, estudiar todos los materiales disponibles o revisar las piezas depositadas en los museos, labor, por otro lado humanamente imposible y que, además, ya está siendo llevada a cabo por un grupo de investigadores dirigidos por el catedrático Desiderio Vaquerizo Gil de la Universidad de Córdoba. He intentado, sobre todo, proponer nuevas interpretaciones de materiales ya publicados y analizados por diferentes estudiosos, basándome en aproximaciones teóricas novedosas o en la comparación de datos ahora conocidos sobre distintas cuestiones relacionadas entre sí.

Creo, también, que el valor de algunas conclusiones sobre la ‘etnicidad’, especialmente aquellas que se refieren al carácter ‘auto-adsriptivo’ de este tipo de sentimientos y la dificultad de definirlos a través de la cultura material o las fuentes grecolatinas, radica precisamente en la correcta definición del problema. No es que la ‘etnicidad’ no existiese en el mundo antiguo, ni que no se expresase a través de la cultura material, sino que los criterios de adscripción al grupo difícilmente se pueden deducir con las herramientas que hemos estado utilizando tradicionalmente, y que por lo tanto, nuestras conclusiones sobre la ‘romanización’ y la ‘transformación’ de los pueblos ibéricos en romanos podrían estar equivocadas o no haber sido correctamente formuladas.

El volumen se ha organizado en dos grandes bloques estrechamente relacionados entre sí. El primero está dedicado al análisis del concepto de la ‘romanización’ y a la importancia de los ancestros en la recreación de la identidad individual y colectiva. El segundo apartado es el más extenso y se centra en el estudio de tres necrópolis diferentes en relación al problema que nos ocupa.

Cada una de estas tres grandes secciones se subdivide a su vez en varios capítulos. El capítulo uno se inicia con una discusión sobre la visión de las fuentes grecolatinas del proceso de conquista de la Península Ibérica, que se articula fundamentalmente en torno al concepto de *humanitas*, alrededor de la oposición entre ‘civilización’ y ‘barbarie’, en un discurso de corte colonial a través del cual se generan distintas imágenes de la realidad ibérica. En el segundo apartado del capítulo uno se plantea la cuestión de la integración de ciertos tópicos presentes en los textos antiguos en nuestros modelos explicativos sobre la ‘romanización’ y la relación entre estos últimos y nuestra propia percepción del mundo ibérico y romano como episodios constitutivos de nuestra historia nacional. Esta amplia sección concluye con una revisión de las teorías más recientes sobre el proceso denominado ‘romanización’ destacando la interpretación del fenómeno como un cambio social producido en un contexto colonial.

La ‘romanización’ ha sido interpretada en algunas ocasiones como un proceso de transformación en los sentimientos de identidad étnica a través del cual los habitantes de la Península y otras provincias conquistadas llegarían a ser, o mejor, llegarían a sentirse, romanos. Por eso, la segunda parte ofrece una revisión de las investigaciones más importantes sobre la ‘etnicidad’, un aspecto de la identidad relacionado en numerosas sociedades con mitos sobre los orígenes del grupo étnico. Los ancestros, ya sean héroes fundadores, ancestros sin rostro ni nombre (*manes*, *lemures*) a los que se rinde culto en diversas festividades a lo largo del año o antepasados directos a los que se visita en la tumba desempeñan un papel fundamental en esta clase de narraciones.

A continuación se procede a estudiar tres yacimientos concretos, *Castulo* (Linares, Jaén), *Baelo Claudia* (Bolonia, Cádiz) y *Colonia Patricia* (Córdoba capital) (Fig. 1), siguiendo un esquema regular en la presentación de la información. En la elección de las tres ciudades han confluído distintos criterios¹. Todas estuvieron enclavadas en la *Ulterior*, si bien cada una de ellas en una región geográfica diferente. Con las reformas augusteas *Castulo* quedará integrada en la provincia *Tarraconensis* y en el *conventus Carthaginiensis*, aunque los lazos que unen a la ciudad –por tradición e historia– con el mediodía peninsular son más intensos que los que la ligan a otras regiones de su provincia. *Corduba* pasará a ser capital de la *Baetica* y del *conventus Cordubensis*, mientras que *Baelo Claudia* quedó situada en la zona costera del *conventus Gaditanus*.

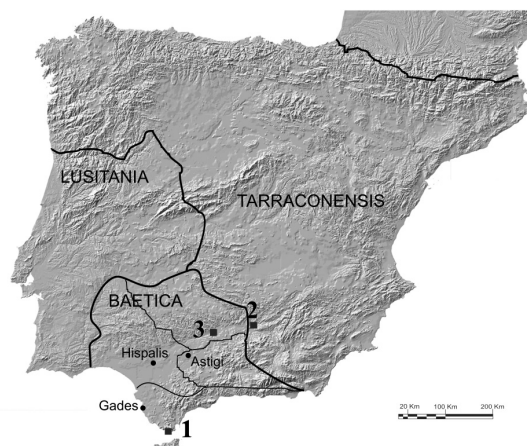


Fig. 1: Mapa de la Península Ibérica con la localización de las tres necrópolis objeto de estudio. 1: *Baelo Claudia* (Bolonia, Cádiz), 2: *Castulo* (Cazlona, Linares, Jaén), 3: *Colonia Patricia* (Córdoba capital, Córdoba).

Por otro lado, en los tres yacimientos se conocía un número importante de enterramientos (a veces enmarcados en un arco cronológico muy dilatado como en el caso de *Castulo*), procedentes de distintos cementerios pertenecientes al mismo asentamiento. En los tres núcleos, además, se podían establecer comparaciones entre la ciudad y sus necrópolis y, aunque ciertamente *Castulo* es la ciudad peor conocida de todas, los estudios sobre la iconografía numismática de las acuñaciones del núcleo urbano o las numerosas referencias de las fuentes antiguas sobre el asentamiento suplían de alguna manera ciertas carencias. Me interesaba, asimismo, *a priori*, el contraste que podía presentarse entre las áreas sepulcrales de la capital de la Bética, donde sabemos positivamente que se produjo el asentamiento de un número importante de colonos, y núcleos habitados de menor tamaño pero también importantes, por su riqueza minera, en el caso de *Castulo*, o por su situación geoestratégica, como *Baelo*, descrito como un puerto de embarque principal hacia el norte de África por Estrabón.

Paralelamente, se podría argumentar que cada una de ellas posee un sustrato étnico diferente, según los datos aportados por los textos clásicos. En *Baelo* las tradiciones púnicas tienen especial presencia en el contexto de un conjunto de asentamientos interiores y costeros localizados en la zona de influencia de *Gades*. En *Castulo* la importancia de la ciudad prerromana podría hacer suponer que la cultura material demostraría la perduración de elementos ore-tanos, mientras que en *Corduba* debería poder observarse con claridad la presencia de colonos itálicos desde momentos muy antiguos. Y, sin embargo, el

¹ Ver también p. 81 y nota 1 del cap. IV.

estudio de los tres asentamientos, que a lo largo del texto se comparan con otros núcleos béticos o hispanos importantes, refuerza, como veremos, la idea del carácter especialmente híbrido de las sociedades producto de un encuentro colonial, donde se producen simultáneamente y se superponen distintas clases de discursos, a veces, incluso, contrapuestos.

En un libro sobre la época dorada de la cultura holandesa, se preguntaba S. Schama² si existía algún elemento que distinguiese de manera especial el mundo holandés del s. XVI. Para responder a esa cuestión utilizaba la metáfora de la pintura: si bien los pigmentos empleados en los cuadros de la escuela italiana y de la escuela holandesa del siglo XVI eran iguales, las pinturas en sí mismas distaban mucho de serlo. Algo similar sucede con las necrópolis hispanas. Por mucho que los elementos empleados en los enterramientos de la *Baetica* sean a veces similares entre ellos, o por mucho que algunos objetos sean idénticos a los que podríamos encontrar en tumbas de la Península Itálica, el resultado y, sobre todo, el significado de los ritos funerarios no puede ser exactamente el mismo, por la manera peculiar y programática de emplear materiales y rituales con los que, no lo olvidemos, los individuos debían asegurarse su paso al más allá.

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecida a un conjunto de personas e instituciones que han colaborado, de una manera u otra, en este proyecto. En primer lugar, a toda mi familia en general y a Ángela en particular, por su cariño y apoyo durante todos estos años. Estoy en deuda también con Manuel Bendala Galán, director de mi tesis doctoral y maestro, al que admiro no sólo en lo profesional, sino también por sus cualidades humanas. En la elaboración de los materiales que ahora presento se puede observar también la influencia de cuatro profesores que me acogieron en distintas universidades extranjeras durante algunos meses entre 1999 y 2004 y tuvieron la enorme generosidad

de compartir conmigo su tiempo y sus conocimientos: Michael Rowlands (University College, London), Ian Morris (Stanford University), Robert C. Knapp (University of California, Berkeley) y Diana E. E. Kleiner (Yale University). También me he beneficiado en gran medida de los comentarios y sugerencias que sobre versiones anteriores de este trabajo realizaron Peter van Dommelen (University of Glasgow), Simon Keay (University of Southampton), Desiderio Vaquez Gil (Universidad de Córdoba), Carmen Fernández Ochoa (Universidad Autónoma de Madrid), Lorenzo Abad (Universidad de Alicante), Ángel Fuentes (Universidad Autónoma de Madrid), dos informantes anónimos del Archivo Español de Arqueología y María Paz García-Bellido (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), a la que también agradezco sus consejos sobre la edición de esta obra como directora de la colección.

Dos instituciones han destinado fondos a la investigación cuyos resultados se publican ahora: la Comunidad de Madrid, a través de una Beca de Formación de Personal Investigador y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con un contrato postdoctoral I3P (cofinanciado por el Fondo Social Europeo), por lo que quiero expresar desde aquí todo mi agradecimiento.

No puedo tampoco dejar de mencionar aquí a todos los amigos y compañeros que me han ayudado a lo largo de todos estos años —de muy diferentes maneras— a llevar adelante este proyecto, especialmente a José Luis Martín Mompeán, Laura Díaz, Irene Seco, Jennifer Paredes, Alfredo González-Ruibal, Carlos Cañete, Juan Ramón Borge, José Ramón Carrillo, Arturo Míguez, Fernando Prados, Noemí López, Ignacio D'Olhaberriague, Gerardo Centenera, José Luis Pumarega, Juan Espadas, Nicholas Cofod, Tristan Carter, Ignacio Grau, Enrique Díes Cusí, Michael Rowlands-Hill, Juan José Domingo Frax, Rachel Giraudo, Jochen Menges, Christian Wagner, Afda Capa, Leticia L. Riveiro, Dominik Meyer, Judy Caletti, Katrina Phillips, Victoria MacDermid, José Antonio Garriguet, Guadalupe López Monteagudo, Jesús Bermejo, Inés Monteiro, Fátima Peláez, Francisco José Moreno, Nacho Murillo, José Manuel Lucena, Fernando Alonso, Brais Currás, Oliva Rodríguez, Francisco José García Fernández, Sebastián Vargas y María Isabel Vila.

² S. Schama, *The Embarrassment of Riches: An interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, Berkeley, 1988. Citado en A. W. Saxonhouse (1992: ix).